

Como citar: Flores, F. (2026) La motivación moral desde el realismo. Aciertos y tensiones con la racionalidad. En Revista Digital de Derecho y Debates, 4 (1)

LA MOTIVACIÓN MORAL DESDE EL REALISMO. ACIERTOS Y TENSIONES CON LA RACIONALIDAD

MORAL MOTIVATION FROM A REALIST PERSPECTIVE. ITS STRENGTHS AND TENSIONS WITH RATIONALITY

Fernanda Flores⁶

INEO - CIF (Ciudad de Buenos Aires, Argentina) - CONICET
f.flores016@gmail.com

RESUMEN:

El artículo toma como disparador una afirmación de Lariguet que sostiene que la crítica dirigida al realismo acerca de que niega el carácter práctico de la moral, es injusta. A partir de ello, el trabajo busca explicar la motivación moral desde el realismo, sin asumir que la forma adecuada de explicar la motivación es la internalista. Luego evaluamos las fortalezas y las debilidades del realismo, centrándonos en la teoría de Brink. Entre sus aciertos, hallamos que logra explicar la motivación según lo observable en la vida diaria, pero enfrenta la dificultad de explicar cómo los hechos morales generan obligaciones. Concluimos que aunque ciertas acusaciones pueden ser injustas con la teoría motivacional realista, persiste el desafío de conciliar el orden práctico con las razones morales.

Palabras clave: Realismo, Motivación, Externalismo, Racionalismo, Razones morales

⁶ Becaria doctoral de Conicet, realizo mis estudios de posgrado en la UBA y mi investigación se radica en el Instituto de Filosofía Ezequiel de Olaso. Mis temas de investigación pertenecen al campo de la ética y la metaética, tales como derechos humanos, agencia y motivación moral. Además, participo en grupos de investigación en Córdoba y en Santa Fe. ORCID: 0009-0003-5729-7669

ABSTRACT:

The article takes as its starting point a claim by Lariguet, who argues that the criticism accusing realism of denying morality's practical character is unfair. From this, the work seeks to explain moral motivation from a realist perspective, without assuming that the internalist approach is the only adequate way to account for motivation. We then evaluate the strengths and weaknesses of realism, focusing on Brink's theory. Among its strengths, we find that it successfully explains motivation as observed in everyday life, but it struggles to clarify how moral facts generate obligations. We conclude that while some accusations may unfairly target realist motivational theory, the challenge of reconciling practical demands with moral reasons persists.

Keywords: Realism, Motivation, Externalism, Rationalism, Moral Reasons

INTRODUCCIÓN

Como simpatizante del antirrealismo, debo admitir que no cabe duda de que el realismo moral defiende tesis atractivas, de las que trasladan al plano teórico algunas de nuestras intuiciones más importantes acerca de la moral. Por ejemplo, resulta muy valioso para nuestras prácticas poder distinguir entre una moral positiva y una realidad moral independiente de las instituciones (temporales, falibles, fácilmente corrompibles). Solo por mencionar un caso, podemos afirmar que subyace una visión realista en las críticas al autoritarismo basadas en la dignidad humana como principio fundamental. Más allá de que no podamos determinar unívocamente qué es un concepto tan abstracto como la dignidad, lo cierto es que le atribuimos una entidad que trasciende las coyunturas políticas. Luego, entre los filósofos y filósofas que se inscriban en esta línea, habrá quienes puedan brindar una defensa más o menos sólida acerca de cómo se configura esta realidad independiente (a mi juicio, quienes mejor lo hacen son los naturalistas). De cualquier modo, incluso en su forma más básica, la intuición que el realismo abraza es que hay una realidad que se nos impone o, como afirma Lariguet: "hay ciertas cosas que debemos hacer, o debemos abstenernos de

hacer, lo queramos o no.” (Lariguet, 2023, p. 86). Epistémicamente hablando, esta afirmación reposa en la idea de que hay verdades en el plano moral y hechos morales que funcionan semánticamente como hacedores de verdad. Mientras tanto, el bando de los antirrealistas (cognitivistas escépticos y no cognitivistas) debe apelar a otros recursos para explicar la objetividad y la autoridad moral.

Sin embargo, así como los realistas argumentan que es posible dar con verdades morales, el vínculo con la acción suele ser para muchos el talón de Aquiles del realismo, ya que reconocer una verdad no garantiza que exista una motivación adecuada para realizar la acción propuesta. Lariguet no elude esta dificultad cuando afirma “El punto máximo de la crítica al realismo sería que, por centrarse en el carácter cognitivo, pierde de vista cómo explicar la motivación moral” (Lariguet, 2023, p. 85). Pero, continúa: “Pienso que esta clase de objeciones es injusta con el realismo moral. Hacer foco en el carácter cognitivo de la moral, no implica negar su carácter práctico” (Lariguet, 2023, p. 85, cursivas del autor). Acuerdo con él en que ciertamente los realistas no niegan el carácter práctico de la moral y también me parece injusto cuando se los acusa, porque —creo yo— a toda persona que se tome la ética en serio le importa que la teoría refleje algo tan fundamental como el aspecto práctico de la moralidad. Dicho esto, sí considero que al poner el peso en el valor de verdad, el fenómeno motivacional adquiere otro cariz y en ocasiones parece ser la última pieza de un puzzle que habrá que ver de qué modo encaja. Este tipo de objeciones que ponen de relieve la inconsistencia de tesis de distinto orden (metafísico, normativo, gnoseológico, etc.), no se dirigen exclusivamente al realismo, ya que también se critica al antirrealismo por lo contrario: priorizar el carácter práctico sobre la verdad. Este enfoque que hace hincapié en distintos requerimientos de la moral difíciles de articular entre sí —donde habría que sumar la tesis humeana—, no es novedoso y ya lo desarrolló Michael Smith en *El problema moral* (1994). Por mi parte solamente quería resaltar que, aunque acordemos con Lariguet y consideremos injusta la acusación de que el realismo no puede explicar la practicidad de la moral, tal vez tengamos razones para pensar que en el realismo, en lo que refiere a motivación, algo se pierde. ¿Acaso esto tiene que ver con que el realismo no logra explicar el poder o la fuerza motivacional de forma adecuada? ¿O lo que sucede es que no logra articular su visión de la motivación con otros aspectos de la moral? Para dar respuesta a estas inquietudes propongo analizar la visión de la motivación por parte del realismo y su explicación de la acción. Para ello haremos referencia principalmente a la teoría naturalista de

David Brink, uno de los mayores exponentes de dicha corriente.⁷ La intención es hacer un análisis propiamente desde el realismo, evitando el contraste sistemático con las teorías antirrealistas, ya que una de las ideas subyacentes de este trabajo es que ese tipo de abordaje opaca lo que el realismo tiene para decir acerca de la motivación moral. El enfoque metodológico adoptado para este fin, es de carácter filosófico-conceptual, centrado en la reconstrucción y análisis crítico de argumentos desarrollados en el realismo moral naturalista. Nuestra hipótesis es que el realismo es exitoso al explicar el carácter práctico de la moral, ya que refleja la experiencia misma, donde los juicios morales son derrotables; pero a su vez, esta cualidad (junto con sus compromisos ontológicos y epistémicos) pone en riesgo la categoricidad de los mismos juicios. Si esto se confirma, la pregunta es ¿qué tan injustas son las acusaciones al realismo en lo que refiere a la motivación moral?

El artículo se estructura en tres partes. En primer lugar, analizaremos dos fuertes intuiciones de la moral que cualquier teoría ética debe atender, a saber, la estructura semántica portadora de valor de verdad (1.a) y el carácter práctico (1.b). Estos tópicos son relevantes para nuestro análisis porque son aspectos que no se articulan fácilmente entre sí y este es un problema que el realista deberá atender. En la segunda parte, que también se divide en dos secciones, analizaremos cómo el realismo aborda el problema de la motivación moral (2.a); y por otro lado, exploraremos el trasfondo humeano en la conexión contingente entre el juicio moral y la motivación (2.b). En la tercera sección analizamos la tensión entre el externalismo motivacional y el racionalismo. Finalmente, en la conclusión, retomo las inquietudes iniciales para evaluar si el realismo, al menos en los autores que analizamos aquí, peca de minimizar la importancia del carácter práctico en la moral y, en ese caso, no sería del todo infundada la acusación antirrealista.

⁷ Dentro del realismo moral, Brink (junto a otros filósofos de la llamada “escuela de Cornell” como Richard Boyd) se inscribe en la vertiente naturalista no reduccionista. En pocas palabras, el no reduccionismo implica que no es posible reducir los hechos morales a propiedades no morales. Podemos nombrar a Peter Railton (1997) como uno de los exponentes de la rama reduccionista. No obstante, dado que el presente trabajo se centra en el problema de la motivación moral —y este desafío trasciende en muchos aspectos las subdivisiones al interior del realismo, emplearemos el término “realismo” en sentido general, salvo que alguna diferencia específica entre corrientes resulte relevante para el análisis, en cuyo caso se aclarará de modo explícito.

1. Algunas intuiciones de la moral

Vamos a comenzar nuestro análisis indagando dos ideas que cuentan con bastante consenso y remiten a intuiciones en torno a la moral. La primera refiere a la estructura semántica descriptiva de los juicios morales (a) y la segunda a la motivación o carácter práctico de los juicios (b). El tratamiento de estos temas nos dará lugar para desentrañar la problemática y pasar luego al desafío realista frente a la motivación moral.

a) Estructura semántica descriptiva de los juicios morales

Al reflexionar sobre el funcionamiento de nuestro propio lenguaje, podemos reconocer que las oraciones de tipo “x es y”, donde x opera como sujeto y “es y” como predicado, tienen una estructura semántica descriptiva. Así, oraciones como “cuidar a mis mascotas está bien” tiene elementos en común con “el gato está sobre la alfombra”: ambas parecen representar propiedades o un estado de cosas en el mundo. En otras palabras —al menos superficialmente— representan hechos, diferenciándose de oraciones imperativas como “servite un café” o expresivas como “¡qué hermosa pintura!”. Las diferencias de opiniones aparecen cuando escarbamos un poco y nos preguntamos si esta similitud en la estructura es: (i) una forma de mostrar con nuestro lenguaje que ontológicamente “en lo más profundo” somos realistas y creemos que los juicios morales refieren efectivamente a hechos; o (ii) una apariencia, que incluso puede llevar a la confusión al desviar nuestra mirada de la verdadera función de los juicios morales, que podría ser su carácter prescriptivo o expresivo.

Los realistas, defienden (i). Pero además, esta estructura descriptiva se toma como uno de los indicadores de que la forma correcta de concebir los juicios morales del día a día, es la realista. Nuestra forma de hablar cotidiana mostraría que pensamos en lo bueno y lo malo o lo correcto e incorrecto como realistas morales, no solo a nivel discursivo sino también metafísico y epistemológico, aun cuando no fuéramos conscientes de ello.⁸ Otro de los indicios que suelen señalar, es el acuerdo o desacuerdo moral (Brink, 1989). Sin embargo,

⁸ Por ejemplo Brink afirma: “En muchas áreas del debate entre realismo y antirrealismo, el realismo constituye la posición metafísica natural. Partimos siendo realistas acerca del mundo externo o de las entidades inobservables postuladas por teorías científicas bien confirmadas. Por lo general, la gente se vuelve antirrealista acerca de estas cosas (si es que lo hacen) porque se convencer de que el realismo es, de algún modo, ingenuo y debe abandonarse ante objeciones metafísicas y epistemológicas convincentes.” (Brink 1989: 23). Otros autores como Johnathan Dancy y David McNaughton también respaldan esta idea (cfr. Joyce, 2022, §2).

podemos poner en duda que la mayoría de la gente se haga eco de estas ideas como para atribuir las al “sentido común”. Lo cierto es que nociones asociadas al realismo en metaética (como la objetividad moral, los hechos morales y su existencia independiente) son abstrusas, especialmente desde un enfoque del sentido ordinario, de modo que podríamos tener nuestras reservas a la hora de hablar de la opinión popular sobre ese tópico.⁹ Además, también existen tendencias que parecen ir en contra del realismo.¹⁰

De todos modos, como señala Lariguet (2023, p. 80 y ss.), considero que en el pensamiento moral ordinario sí puede aparecer la idea —la mayor parte de las veces tácitamente— de que existe una dimensión moral independiente (ya sea que les llamemos hechos, hechos morales o principios) que no se puede reducir a las instituciones y convenciones, y funciona como estándar de corrección de nuestras prácticas vigentes. Así por ejemplo, en nombre de una moral independiente, podemos oponernos a medidas autoritarias como mencionamos en la introducción, y/o discriminatorias (como el estado nazi o el apartheid, tomando los ejemplos de Lariguet). Si bien a partir de ello no se infiere directamente que existan los hechos que causan los acuerdos o desacuerdos, podemos conceder que con frecuencia pensamos y actuamos como realistas. Hablamos como si descubriéramos lo correcto en torno a un tema, asumiendo que hay algo ahí, independiente de nuestras creencias.

A pesar de estas razones que nos interpelan, antes de subirnos al tren del realismo debemos advertir que aún es controversial la noción de “hechos morales”. Entre sus presupuestos ontológicos, sabemos que el realismo asume que los hechos morales existen y que son independientes de la subjetividad de los agentes y la evidencia disponible. Sin embargo, las aguas se dividen en torno a la cuestión de su naturaleza y determinar qué son estas entidades constituye uno de los principales desafíos para quienes defienden esta postura. Volveremos sobre ello en el punto 2.a.

⁹ Existen algunas investigaciones empíricas que examinan en qué medida la gente “en general” podría adherir al objetivismo moral (Joyce, 2022, §2, citando Goodwin & Darley 2008; Uttich et al. 2014), aunque podría discutirse si en realidad examinan el *absolutismo* moral (Joyce, 2022).

¹⁰ “Por ejemplo, el hecho de que parezcamos poco dispuestos a someternos a los expertos a la hora de formular opiniones morales parece ir en contra del realismo (McGrath). De modo similar, el hecho de que no esperemos que una persona acepte necesariamente las razones de los demás para sus opiniones morales parece revelar tendencias antirrealistas (Foot).” (Joyce, 2022, §2, citando Foot, 1958; McGrath, 2011).

b) Carácter práctico

Otra de las ideas que cuenta con amplia aceptabilidad es la que sostiene el carácter práctico (o practicidad) de los juicios morales. Como hemos mencionado, estos se diferencian de otros tipos de emisiones por estar íntimamente relacionados con la acción. Si consideramos, por ejemplo, que usar el agua corriente sólo en la medida en que la necesitamos es bueno o correcto, es probable que actuemos según dicha evaluación, ya que generalmente nos sentimos inclinados a hacer lo que consideramos bueno, más aún cuando no hay ningún coste para nosotros, es decir, ningún obstáculo que nos impida realizarlo. Si por el contrario observamos que un agente evalúa un curso de acción como el mejor entre varias opciones y, sin embargo, su accionar no es coherente con ello, consideraríamos esta actitud desconcertante —al menos en algún grado. Es por ello que tendemos a asociar, en un vínculo muy estrecho, a los juicios morales con la acción. En su máxima expresión, esta conexión conceptual se interpreta como necesaria.

A pesar de que esta característica de los juicios morales es ampliamente aceptada, existen profundas diferencias entre los teóricos y teóricas, por ejemplo, respecto al grado de la fuerza motivacional de los juicios (débil, moderada o fuerte), la modalidad de la conexión (contingente o necesaria), o si subyace algún tipo de deseo u otro estado emotivo. Pero la idea general, que no carece de plausibilidad, es que quien emite o adhiere a un juicio moral, realiza un tipo de afirmación que indica que tiene una razón para actuar de esa manera. Michael Smith señala: “los juicios morales parecen ser, o suponen, opiniones sobre las razones que tenemos para comportarnos de ciertos modos y, todas las demás cosas igual, tener tales opiniones implica encontrarnos a nosotros mismos con la motivación correspondiente para actuar.” (Smith, 1994, p. 7).

Los realistas asumen la explicación de este fenómeno como un desafío, ya que desde la vereda de enfrente (la del antirrealismo) con frecuencia se afirma que no pueden explicar el aspecto motivacional, por sostener la estructura eminentemente descriptiva que vimos más arriba.¹¹ No coincido con la idea de que los realistas relegan el aspecto motivacional, una de las hipótesis que planteamos aquí es que, en realidad, lo que ocurre es que los realistas no explican el fenómeno en los mismos términos que los no cognitivistas (dejamos a un lado la teoría del error). Tomemos por un instante “la vía negativa” para visualizar esto: para los

¹¹ Por ejemplo Mackie, 1977; Hare, 1952; 1997.

realistas los juicios morales no son (i) expresiones de aprobación o desaprobación y (ii) tampoco son guía de la conducta, no representan órdenes en el sentido de una oración imperativa.¹² El punto (i) opone las proposiciones a las expresiones (como “¡ay!” o “¡bu!”). Las primeras poseen valor de verdad, las segundas no. Son los emotivistas quienes consideraban que los juicios morales se asemejan a las expresiones (Ayer, 1936; Stevenson, 1937). El punto (ii) opone las proposiciones a las prescripciones (la teoría prescriptivista más influyente es la de Hare, 1952; 1997), las cuales se hallan bajo el paradigma de las oraciones imperativas.¹³

Todavía no indagamos qué es la motivación moral para los realistas pero, a riesgo de generalizar, podemos decir que las ideas o prenociones asociadas al carácter práctico están más cerca de las expresiones y prescripciones que de las oraciones descriptivas. Y por este motivo creo, nos es más familiar la visión antirrealista no cognitivista de la motivación y muchos la terminamos “comprando”, siendo injustos con el realismo. Esto se refuerza con el hecho de que en el principal debate metaético en torno a la motivación (me refiero a la discusión internalismo-externalismo), se tiende a presentar la visión externalista como la negación del internalismo, como si por default fuéramos internalistas. Del mismo modo ha sido injusto caratular de “antirrealistas” a los no cognitivistas en general, como si simplemente negaran la existencia de hechos (que por ejemplo para Hare ocupan un lugar fundamental en la moral) y la posibilidad de corrección moral.¹⁴ Por eso considero atinada la mención de Lariguet a ciertas clasificaciones engañosas en la metaética (2023, p. 85-86).

2 - El desafío motivacional para el realismo

a) Motivación moral y realismo

En la sección anterior, en el punto 1.a, analizamos la estructura semántica del discurso moral y su posible interpretación como indicio de intuiciones realistas en nuestra práctica cotidiana. Además recordemos que para el realismo la existencia de los hechos morales que funcionan

¹² El punto (i) excluye a los realistas antihumeanos como McDowell (cfr. Miller, 2013).

¹³ Para un desarrollo más extenso de las tesis antirrealistas, véase Arena (2023).

¹⁴ Por ejemplo Hare en *Sorting out Ethics* (1997) afirma: Los juicios morales y otros juicios normativos “Deben realizarse en función de los hechos. Esto no significa que el juicio moral *se derive lógicamente* de los hechos. (...) Si los hechos son exactamente los mismos, estos proporcionarían una razón para realizar el mismo juicio normativo.” (pp. 12-13). Lariguet también se hace eco de esta idea cuando afirma respecto de los hechos morales: “Los hechos pueden ser la «base» explicativa de nuestro comportamiento moral o la base motivante justificatoria de cómo debemos comportarnos. Ahora bien, la primera idea de «base» pareciera, en principio, tener que ser descartada.” (2023, p.71).

como hacedores de verdad, no está condicionada por nuestras teorizaciones ni por nuestra evidencia disponible. Esta independencia ontológica (que lo distancia del constructivismo) constituye uno de los pilares definitorios de su postura: los hechos morales son objetivos, en el sentido de que su validez no deriva de acuerdos, convenciones o procesos cognitivos.

Por otra parte, como mencionamos, la mayor cuestión que divide al realismo gira en torno a la naturaleza de los hechos morales. La manera de concebir los hechos—ya sea como entidades naturales o no naturales (propiamente morales)— da lugar a dos vertientes principales: el naturalismo y el no naturalismo. En esta discusión, “natural” refiere a aquello que es objeto de estudio de las ciencias naturales y la psicología (Moore, 1905; Miller, 2013). Brink, Boyd y Railton son algunos de los filósofos que sostienen que los hechos morales son naturales. Pero podemos advertir que esta caracterización ofrece más una guía metodológica que una elucidación ontológica cabal, pues no nos dice qué clase de hechos son los hechos morales (Lutz, 2024). Uno de los presupuestos que opera, es que los hechos morales al igual que los naturales, poseen un poder causal que nos permite explicar semánticamente conceptos como “bueno” o “correcto”. Aún cuando no podamos observar los hechos morales, la noción de causalidad permitiría aplicar métodos análogos a los de las entidades inobservables en las ciencias naturales. Así, los juicios morales adquieren su valor de verdad en virtud de un estado de cosas natural, y es este estado de cosas a lo que un juicio moral verdadero nos da acceso cognitivo (Miller, 2013). Además, para Brink y Boyd, es imposible reducir lo moral a propiedades no morales, es decir, rechazan el descriptivismo en el sentido de reducción mediante el análisis (Lutz, 2024).

Por otra parte, para los no naturalistas, los hechos o propiedades morales no se pueden identificar con los hechos naturales y tampoco es posible reducirlos a ellos, de allí que son sui generis. Esto tiene implicancias en la forma en que conocemos los hechos morales, puesto que al hallarse fuera del dominio de “lo natural”, no son válidos los métodos de las ciencias empíricas, sino que se captan como intuiciones. Como principal representante clásico de la rama no naturalista, podemos nombrar a George E. Moore (1905).¹⁵

Una cuestión central para nuestro tema es que para el realista, la independencia ontológica de los hechos morales no implica que carezcan de relevancia práctica. Por el contrario, su carácter objetivo les conferiría fuerza motivacional: los hechos morales, de alguna forma, se vinculan con la acción al proporcionar razones para actuar. Como señala Lariguet:

¹⁵ Para profundizar en las diferencias entre realismo naturalista y no naturalista, véase Lariguet 2023, en especial p. 74 y ss.

[S]e supone que un realista moral debe admitir, por mor de su doctrina, que los hechos morales —cualquiera sea su naturaleza conceptual— otorgan razones para actuar. «Razones para actuar» no en un sentido meramente explicativo-causal, sino en un sentido justificatorio o normativo al cual ajustar la conducta moral. (Lariguet, 2023, p. 69)

Aparece entonces una diferencia analítica entre (i) razones explicativo-causales que se anclan en la dimensión fáctica (describen cómo es el mundo) y (ii) razones normativas que apuntan a la dimensión práctica (prescriben cómo el mundo debería ser o cómo debemos ajustar nuestra conducta a él). En los juicios morales, esta diferencia se refleja —respectivamente— en la oposición creencia - evaluación: mientras las creencias reflejan estados cognitivos sobre hechos, las evaluaciones conllevan una fuerza directiva que orienta la acción. Este binomio, sabemos, genera un problema para el realista, quien debe conciliar el aspecto fáctico con el práctico. Existen dos salidas posibles, que veremos a continuación.

Por un lado, están quienes rechazan esta diferenciación y sostienen que las creencias no son motivacionalmente inertes (por ej. McDowell, 1998; Nagel, 1970). Por otro lado, se hallan quienes mantienen la distinción que reza que las creencias sí son inertes para la acción y son los deseos los que nos impulsan a actuar (por ej. Brink; 1989, Railton, 1997; Boyd, 1997). Esta tesis que separa razón y pasiones, inscrita en la tradición humeana, es la visión estándar en metaética.

El problema de la incompatibilidad entre creencia, motivación y la tesis que separa creencia/deseo, ha sido reconstruido por Michael Smith en su mencionada obra *El problema moral*. Según este filósofo, las siguientes tres proposiciones son plausibles individualmente, pero aparentemente inconsistentes en su conjunto (sigo la enunciación de Miller, 2013, p. 218):

Los juicios morales expresan creencias (independientemente inteligibles). (Tesis cognitivista).

Los juicios morales tienen una conexión necesaria con el estar motivados. (Tesis internalista).
La motivación es un asunto de tener, inter alia, deseos adecuados (e independientemente inteligibles). (Tesis humeana).

Respecto a 1, vimos anteriormente que el realismo moral se apoya en esta intuición y hace de ella uno de los puntos nodales de su teoría. El segundo punto es la tesis del internalismo de la motivación, consiste en una conexión conceptual (de allí su necesidad) entre el juicio moral y el sentirse motivado. Por último, 3 refiere al tener los deseos adecuados (que deben ir acompañados de las creencias, que nos dicen cómo el mundo es), de forma que se produzca la acción.

Como he adelantado en la introducción, la idea es correr nos de este enfoque ya que Smith (a pesar de compartir, en algunos aspectos, la ontología realista) entiende que para una teoría ética, sería deseable mantener 2, entendiendo la motivación como los no cognitivistas. Veamos entonces cómo entiende la practicidad el realista naturalista y el “problema moral” desde su ángulo. Un cognitivista humeano como Brink, que sostiene 1 y 3, no intenta articular esas tesis con 2, pues no cree que el internalismo motivacional sea la forma correcta de entender la motivación.

b) Psicología moral y contingencia motivacional

Antes de continuar, nos interesa detenernos en la proposición 3. Como también refiere Lariguet a este tema, contrastando esta posición con la kantiana, “Se trata, en el caso del escocés, de una psicología «empírica» porque se para mientes en los deseos reales que un agente tiene para actuar. Además, la racionalidad estrella en Hume es instrumental (hipotética, en los términos de Kant).” (Lariguet, 2023, p. 73). Indaguemos entonces, ¿de qué modo algunos realistas adhieren a la psicología empírica? David Brink sostiene que la fuerza motivacional de los juicios morales es un asunto de hecho psicológico, dependiente de las creencias y deseos del agente, de modo que se trata de un asunto contingente (Brink, 1989). Esto va de la mano con la idea de que la fuerza motivacional de los juicios morales no es constitutiva del concepto mismo de moralidad, es decir, no hay un vínculo lógico entre estar motivado y actuar por razones morales. La motivación, en su lectura, se fundamenta en características psicológicas compartidas ampliamente, siendo el ejemplo estándar la simpatía humeana.

En una línea similar, otro importante exponente del realismo, Richard Boyd, también sostiene que la simpatía juega un papel fundamental e incluso la vincula estrechamente a procesos cognitivos:

Es extremadamente plausible que, para los seres humanos normales, la capacidad de acceder a bienes y daños humanos (...) dependa de su capacidad de simpatía, de su capacidad para imaginarse a sí mismos en la situación de otros o incluso hallarse involuntariamente imaginándose en casos donde otros están especialmente bien o mal. La idea de que la simpatía juega este tipo de rol cognitivo es un lugar común de la psicología de facultades del siglo XIX, y muy probablemente sea correcta. (...)

Los mecanismos psicológicos mediante los cuales todo esto ocurre pueden ser más complejos de lo que Hume imaginó, pero permanece el hecho de que un mismo mecanismo psicológico —la simpatía— juega tanto un rol cognitivo como motivacional en los seres humanos normales." (Boyd, 1997, p. 131)

La idea que nos interesa destacar aquí es que el vínculo entre simpatía y procesos cognitivos es tal que una deficiencia en el orden de la motivación se explicaría a su vez como un problema cognitivo. Recordemos no obstante, que tanto para Brink como para Boyd, creencias y deseos son entidades distinguibles. Pensar las creencias y los deseos como entidades separadas (tesis humeana), permite que siempre quepa la posibilidad de que un agente posea una creencia en ausencia de un deseo que acompañe o viceversa. A propósito, traigamos nuevamente a colación la definición general del internalismo motivacional: las razones para actuar están conectadas necesariamente con la motivación. Brink infiere respecto al internalista que desde su postura "debe ser conceptualmente imposible para alguien reconocer una consideración moral o realizar un juicio moral y permanecer inmóvil." (1989, p. 46). Y concluye al respecto: "el internalismo hace al amoral imposible conceptualmente." (1989, p. 46). El amoral es la persona que reconoce la existencia de razones morales pero permanece inmóvil, no se siente interpelada para actuar siguiendo lo que el deber indica. Además, la indiferencia se expresa en el hecho de que no sienten ningún tipo de remordimiento o culpa por no llevar a cabo lo que se considera correcto. Brink se apoya en las observaciones cotidianas y el sentido común, puesto que está al alcance de todos notar que este tipo de situaciones ocurren.

Este paradigma les permite a los filósofos amparados en las ideas de Hume, concebir la motivación moral como extendida y predecible, sin comprometerse a afirmar que es

necesaria, universal, ni sobrepasante (overriding) —en palabras de Brink (1989, p. 49) pero pueden hacerse extensivas a Boyd y Railton.

3- Externalismo motivacional y racionalismo

El realista concibe la motivación de forma contingente y, acorde a ello, el vínculo de la motivación con el juicio moral es de carácter externo. Esto le permite explicar tanto los casos “normales” de conducta moral como aquellos fenómenos que desafían el internalismo: la indiferencia del amoral, la debilidad de la voluntad, la depresión o cualquier divergencia entre el reconocimiento racional y la motivación. Por eso señala Brink que "el carácter práctico de la moral, lejos de debilitar al realismo, lo fortalece" (1989, p. 37) , el realismo puede dar cuenta de la complejidad de la experiencia moral ordinaria. Retomando las tres tesis del problema moral, no habría razones para que el realista sostenga forzosamente la tesis internalista, en su lugar puede continuar defendiendo la siguiente:

- 2) Los juicios morales tienen una conexión contingente con el estar motivados. (Tesis externalista).

En virtud de que el realismo sortea con éxito los contraejemplos que achacan al no cognitivismo, considero que sería razonable no asumir el carácter práctico en los términos propuestos por estos últimos y concederle al realista que los juicios morales nos motivan contingentemente y no necesitamos más que ello, porque esa es la forma que más se adecua a nuestras prácticas ordinarias. Con todo, persiste el problema fundamental pues, como advierte Lariguet el inconveniente estriba en no poder explicar cómo es que los juicios morales en tanto creencias —y separados de los deseos—, motivan.

El realista moral tiene que explicar, todavía, cómo diablos es posible que del hecho moral mismo de poder «reconocer» cognitivamente hechos morales, se siga que el agente cuenta con la motivación adecuada, justa, precisa, para llevar adelante, moralmente, lo reconocido cognitivamente. (Lariguet, 2023, p. 72)

O en otros términos, cómo es que del *conocer* o *reconocer* que algo es bueno, se sigue que genere un impacto en el sistema motivacional del agente. Antes de proseguir, veamos la distinción entre tipos de internalismo, la cual se sigue de la ya mencionada distinción entre tipos de razones. En la formulación de Stephen Darwall (1983, 1997):

- i. Internalismo de la moralidad: refiere a las razones normativas basadas en la obligación, que se expresan en lo que Darwall llama “debo” moral (*moral ‘ought’*). Éstas tienen su fuente en la razón y no en la satisfacción de deseos. Este modo de internalismo sostiene que hay una conexión necesaria entre lo que el agente moralmente debe hacer y sus razones para actuar de ese modo. El externalismo niega esta conexión necesaria.
- ii. Internalismo de motivos: refiere a las razones motivacionales. Desde este punto de vista, quienes se consideran internalistas sostienen que las razones para actuar están conectadas necesariamente con la motivación del agente. Por su parte, los externalistas niegan esta condición necesaria.¹⁶

Ya vimos el rechazo de (ii) por la incompatibilidad de las tesis cognitivista y humeana con el internalismo motivacional. El rechazo de (i) también es incompatible con la ontología y la psicología moral realista, de hecho es más exigente que (ii). El internalismo de la moralidad es insostenible. Sin embargo, esta forma de internalismo, captura la idea de que las razones normativas son categóricas. Para el realista, los hechos morales son razones morales, y las razones morales a diferencia de las prudenciales, tendemos a pensar que deben imponerse más allá de los deseos particulares. De modo que tal vez la pregunta más importante para el realismo, siendo la dimensión afectiva algo contingente, sea la siguiente: ¿pueden las razones morales ser de naturaleza contingente al igual que las razones motivacionales? Y si es así ¿en qué sentido los hechos morales imponen obligaciones, si no generan necesariamente una motivación?

Debemos tener en cuenta que incluso un realista puede llegar a afirmar que hay un vínculo necesario (aunque “sin garantía”, o en otras palabras, derrotable) entre racionalidad y acción. Afirma Sayre-McCord (2015):

¹⁶ Cfr. Darwall 1983, p. 52; 1997, pp. 306-307.

Las afirmaciones no morales por sí solas, no conllevan nada en particular acerca de lo que las personas tienen razones para hacer o evitar hacer; pero las afirmaciones morales, en cambio, sí tienen tales implicancias. Según esta visión, hay una conexión necesaria entre las afirmaciones morales y la acción, pero se da entre tales afirmaciones (o su verdad) y la razón (o racionalidad), y no es tal que aceptar sinceramente una afirmación moral garantice una motivación apropiada. Nada de esto es para defender, como deben hacer los realistas, la idea de que algunas de las afirmaciones son realmente verdaderas. Pero sí sugiere que los realistas pueden reconocer una conexión necesaria entre las afirmaciones morales y la acción sin abandonar el cognitivismo que es central para su posición. (§3, cursivas añadidas)

Ante todo lo dicho, *prima facie* podría desconcertarnos el hecho de que desde el realismo se habilite la posibilidad de sostener el carácter necesario entre juicios morales y acción. Sin embargo, el externalismo no está comprometido con toda negación de la necesidad y existen distintas formas de externalismo:

El externalista puede sostener, primero, que las consideraciones morales solo motivan o justifican de manera *contingente*; segundo, que el poder motivacional o la racionalidad de la moralidad, *ya sea necesaria o contingente*, solo puede conocerse a posteriori; o tercero, que el poder motivacional o la racionalidad de la moralidad, *ya sea necesario o contingente*, a priori o a posteriori, depende de factores ajenos al concepto de moralidad, como el contenido específico que resulte tener la moralidad, una teoría sustantiva de las razones para actuar, o hechos acerca de los agentes como sus intereses o deseos. (Brink, p. 42, cursivas añadidas)

Volviendo a la obligatoriedad de la moral, para el autor de *Moral Foundations...*, la autoridad de los juicios normativos no depende de su capacidad para motivar per se, sino de su arraigo en una teoría moral sustantiva (cfr. Brink, 1989, p. 85) independiente de la psicología de los agentes. Brink rechaza el internalismo motivacional a la vez que, como vimos, argumenta que la verdad de proposiciones como "X es correcto" se determina por hechos morales externos, cuya existencia y fuerza normativa son accesibles a individuos racionales, pero no están ontológicamente ligados a respuestas motivacionales. Así, mientras un agente puede reconocer racionalmente un deber y permanecer indiferente, ello no anularía la necesidad en la normatividad del mandato moral, pero sí será conocida a posteriori, pues esta se sustenta en propiedades naturales. Para Brink, la racionalidad exige responder a estas razones

objetivas incluso cuando falte la motivación correspondiente, sin embargo, así como no aprueba un internalismo motivacional, tampoco desarrolla una teoría internalista de las razones morales. Su externalismo intenta no diluir la normatividad pero no explica cómo se conjuga este aspecto con la racionalidad instrumental.¹⁷ De este modo, Brink renuncia a la moralidad basada en razones categóricas a priori, independientes de los deseos del agente. Esta idea se replica en otro importante realista como Peter Railton (1997), quien acepta que los hechos morales brindan razones para la acción pero sólo condicionalmente en virtud de los deseos del agente, rechazando de forma directa el racionalismo y la categoricidad de las razones morales que había pregonado Kant.

CONCLUSIÓN

A lo largo del trabajo nos centramos en el desafío que representa la motivación moral para el realismo en su vertiente naturalista. Partimos de la idea —acordando con Lariguet— de que se suele hacer una acusación injusta al realismo. Esta consiste en que, a partir de su posición ontológica y epistemológica, se arriba a la negación del carácter práctico de la moral. Considero que tenemos argumentos suficientes para pensar que desde el realismo se reivindica la practicidad, con el plus de que el carácter contingente que se le atribuye, permite explicar casos problemáticos para los antirrealistas, como la acrasia y la amoralidad. Sin embargo, suponiendo que la tesis externalista desplace la internalista como el ideal —en lo que refiere al carácter práctico— en una teoría moral (es decir, reemplazar la tesis 2 internalista en el puzzle del problema moral por su versión externalista), esto trae aparejado nuevos problemas. Anteriormente, sugerí que aquello que hipotéticamente “se perdía”, como mencioné en la introducción, podría tener que ver con la fuerza motivacional, ya sea por negarla o por disminuir su importancia. Sin embargo, si adherimos al realismo cognitivista, podría decirse que esta es una acusación injusta porque se resuelve al articular los juicios morales con la motivación externalista. Pero aun si admitimos que el reconocimiento de un juicio moral tiene potencia motivacional, persiste una tensión: si los hechos morales proporcionan razones objetivas para actuar, como el realismo propone, ¿cómo se reconcilia

¹⁷ Alles (2023) refiere a la estrecha relación entre internalismo y racionalismo, presente en la tradición kantiana: “Tanto en Platón como en Kant, como antecedentes del internalismo, puede encontrarse la idea de que la mera razón, al reconocer el deber moral, debe encontrarse motivada a actuar de la manera en la que el deber lo indica sobreponiéndose a cualquier otra instancia motivacional que pueda aparecer, como los deseos o las inclinaciones. Actuar de manera contraria a lo que la razón identifica como deber sería, sobre todo para Kant, una forma de irracionalidad práctica.” (p. 319).

su autoridad normativa con la contingencia de la respuesta motivacional? Brink intenta resolverlo apelando a una racionalidad a posteriori, fundamentada en hechos empíricos, pero esta estrategia es incompatible con el carácter categórico de las obligaciones morales. De esta forma, no solo se estaría socavando la autoridad del razonamiento práctico sino también, al mismo tiempo, la pretensión de universalidad por la que aboga gran parte de la ética. Además, en lo que respecta a la concepción de los hechos morales como naturales, el enfoque epistemológico parece ir por delante de la caracterización metafísica. Esto debilita la propuesta realista de que los hechos morales constituyan un fundamento ontológico robusto. Con todo, el realismo es más exitoso que el antirrealismo para dar cuenta de un orden moral objetivo, pero su explicación de la motivación —aunque aceptable— deja pendiente la cuestión de cómo estos hechos objetivos e independientes se imponen a los agentes más allá de su psicología, con la autoridad propia de la moral. Sigue siendo un desafío para esta corriente poder demostrar que es posible justificar la fuerza normativa de los juicios éticos sin recurrir a garantías motivacionales conceptualmente necesarias.

REFERENCIAS

- Alles, N. (2023). Motivación moral. El debate entre el internalismo y el externalismo. En N. Alles, G. Lariguet & S. Yuan (Eds.), *La metaética puesta a punto* (pp. 63-91). Ediciones UNL.
- Arena, F.J. (2023). Antirrealismo y Cuasirrealismo moral. En N. Alles, G. Lariguet & S. Yuan (Eds.), *La metaética puesta a punto* (pp. 63-91). Ediciones UNL.
- Ayer, A. J. (1936). *Language, truth and logic*. Dover Publications.
- Boyd, R. (1997). How to be a moral realist. En S. Darwall, A. Gibbard & P. Railton (Eds.), *Moral Discourse and Practice: Some Philosophical Approaches* (pp. 105-135). Cornell University Press.
- Brink, D. (1989). *Moral Realism and the Foundations of Ethics*. Cambridge University Press.
- Darwall, S. (1983). *Impartial Reason*, Cornell University Press.
- Darwall, S. (1997). Reasons, Motives, and the Demands of Morality: An Introduction. En S. Darwall, A. Gibbard & P. Railton (Eds.), *Moral Discourse and Practice: Some Philosophical Approaches* (pp. 105-135). Cornell University Press.
- Hare, R. M. (1997). *Sorting out ethics*. Clarendon Press.
- Hare, R. M. (1952). *The language of morals*. Oxford University Press.
- Joyce, R. (2022). Moral Anti-Realism. En *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Winter 2022 Edition). <https://plato.stanford.edu/archives/win2022/entries/moral-anti-realism/>
- Lariguet, G. (2023). Realismo moral. En N. Alles, G. Lariguet & S. Yuan (Eds.), *La metaética puesta a punto* (pp. 63-91). Ediciones UNL.
- Lutz, M. (2024). Moral Naturalism. En *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Summer 2024 Edition). <https://plato.stanford.edu/archives/sum2024/entries/naturalism-moral/>
- Mackie, J. L. (1977). *Ethics: Inventing right and wrong*. Penguin Books.
- McDowell, J. (1998). *Mind, Value, and Reality*. Harvard University Press.
- Miller, A. (2013). *Contemporary Metaethics: An Introduction*. Polity Press.
- Moore, G.E. (1903). *Principia Ethica*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Nagel, T. (1970). *The Possibility of Altruism*. Oxford University Press.

- Railton, P. (1997). Moral Realism. En S. Darwall, A. Gibbard & P. Railton (Eds.), *Moral Discourse and Practice: Some Philosophical Approaches* (pp. 105-135). Cornell University Press.
- Sayre-McCord, G. (2015). Moral Realism. En *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Winter 2023 Edition). <https://plato.stanford.edu/entries/moral-realism/>
- Smith, M. (1994). *The moral problem*. Blackwell Publishing.
- Stevenson, C. L. (1937). The emotive meaning of ethical terms. En *Mind*, 46(181), pp. 14-31.

Recibido el 17 de julio de 2025, aceptado el 8 de noviembre de 2025.